CONCLUSIONES

Santo Tomás, en continuidad con la Tradición cristiana, ve la *filiación divina* adoptiva íntimamente relacionada con el *obrar moral*: ser hijo de Dios lleva a obrar según esta dignidad. A lo largo de la historia se ha examinado con profundidad el conjunto de las obras de S. Tomás, de su pensamiento que es de amplitud y profundidad excepcionales, y sin embargo queda aún un amplio campo para profundizar a la luz de las preocupaciones actuales, en la doctrina de Santo Tomás. Pensamos que la filiación divina adoptiva es una de ellas. Santo Tomás no le ha dedicado un «tratado» en sus obras sistemáticas, no escribió un estudio específico sobre la filiación divina, pero toca el tema repetidamente, especialmente en sus comentarios bíblicos, que rezuman de este sentido filial con respecto a Dios. Y, si bien se observa la ausencia de este tratamiento en las cuestiones dedicadas a los actos humanos en las obras sistemáticas de Teología, es tema importante de la «teología moral» de sus comentarios a la *Sacra Pagina*; téngase presente que ésta, la de comentar la Escritura, era una tarea fundamental del teólogo medieval, a la que S. Tomás consagró la mayor parte de su actividad como Maestro.

No hemos encontrado estudios sobre el tema de la filiación divina y obrar moral en Santo Tomás, como tampoco en general en los tratados de teología moral de los últimos siglos. Pensamos que puede haber influido en esto la tendencia, por una parte, a separar la teología moral de la dogmática (con la pérdida de unidad, que lleva a marginar algunas características esenciales de la moral); de otra parte, sin duda influyó la tendencia legalista que empapó la teología moral moderna (siglos XVII y siguientes): ninguna norma establece que hemos de vivir como hijos de Dios; pero es nuestro ser hijos lo que determina todo el vivir moral cristiano. En la presente Tesis se ha querido señalar de modo ordenado la doctrina de Santo Tomás sobre este tema. Ahora queremos subrayar lo que nos parece que son los puntos principales, del pensamiento de Santo Tomás.

I. Se ha estudiado primero el misterio en la vertiente antropológica cristiana, la gracia de la adopción desde la perspectiva de la re-generación en hijos de Dios por Cristo, y de la participación de la naturaleza divina por la participación de la vida de Cristo. En realidad no es un capítulo sólo «dogmático», pues dentro de la teología unitaria del Aquinate la moral está profundamente centrada en *vivir la vida de Cristo*.

1. Un primer apartado se ha centrado en la condición de *hijos de Dios por la gracia de Jesucristo*.[1] La filiación divina se realiza plenamente en Dios, «porque

[1] Cf. capítulo I, A.

el Padre y el Hijo tienen una misma naturaleza y una misma gloria»;[2] va ligada a la semejanza, de modo que si es mayor la semejanza del generado con el generante, es más perfecta la filiación.[3] Se analiza primero la doctrina del Aquinate sobre la *paternidad de Dios con respecto a las criaturas*, y reconoce Santo Tomás una semejanza o vestigio de Dios en todo lo creado, y una especial semejanza con Dios por la inteligencia y la voluntad.[4] Pero Dios «es, además, Padre de algunos por la semejanza de la gracia, y a éstos se llama hijos adoptivos, en cuanto por el don de la gracia recibida están ordenados a la herencia de la gloria eterna, según dice el Apóstol (Rom 8, 16-17): *el Espíritu mismo da testimonio a nuestro Espíritu de que somos hijos de Dios; si, pues, hijos, también herederos*».[5] «Por fin, lo es de algunos por semejanza de la gloria, en cuanto la poseen ya como herencia, según el mismo Apóstol (Rom 5, 2): *Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios*».[6]

Después, nos hemos detenido en la teología de la imagen, punto central de su antropología: *el hombre, imagen y semejanza de Dios, es hecho hijo de Dios por la gracia*. Tomás presenta la adopción como una gran dignidad que Dios concede al alma por la gracia; por ella recibe un segundo nacimiento, la participación en la naturaleza divina y la herencia eterna. La filiación divina, que acompaña a la gracia, constituye a la persona en hijo de Dios, y así el cristiano puede llamar *Padre* a Dios en sentido propio, no en el sentido que corresponde a las demás criaturas: la filiación divina adoptiva por la gracia es una verdadera «recreación» de la persona en hijo de Dios. El amor de Dios no es causado por el bien de la criatura, sino al revés. Hemos sido gratos a Dios, de modo que seamos dignos de su amor.[7]

Hay una imagen de la Trinidad en el hombre: la filiación divina, participación del hombre en la naturaleza divina, tiene en Santo Tomás, un contenido trinitario: «el ser a imagen de Dios por la imitación de la naturaleza divina no excluye el serlo según la representación de las tres Personas, antes bien lo uno se sigue de lo otro. Así, pues, debe decirse que en el hombre se da la imagen de Dios en cuanto a la naturaleza divina y en cuanto a la trinidad de Personas, ya que en el mismo Dios existe una naturaleza en tres Personas».[8] La imagen de Dios que por naturaleza recibe el hombre, permanece siempre en el alma, aun con la desfiguración debida al pecado. Pero Cristo restaura la semejanza del hombre con Dios en aquella primera dignidad (cf. Eph 2, 10), con la gracia.

---

[2] *S. Th.*, I, q. 33, a. 3 c.

[3] Cf. *S. Th.*, III, q. 32, a. 3 c.

[4] Cf. *S. Th.*, I, q. 33, a. 3 c.

[5] *Ibid.*; cf. III, q. 23, a. 3 c.

[6] *S. Th.*, I, q. 33, a. 3 c.

[7] Cf. E. MERSCH, *Filii in Filio*, en «Nouvelle Revue Theologique» 65 (1938) 551-582, p. 578.

[8] *S. Th.*, I, q. 93, a. 5 c.

Explica el Aquinate que hay una *capacidad natural del hombre para recibir a Dios: el hombre es capax gratiæ, según Santo Tomás*, en base a que su espiritualidad e inmortalidad son una imagen viva de Dios: la naturaleza humana -como la angélica, señala S. Tomás- precisamente por ser espiritual -capaz de conocimiento y amor- es «naturalmente capaz de lo sobrenatural»,[9] «por lo mismo que ha sido hecha a imagen de Dios, es capaz de Dios por la gracia».[10] La gracia perfecciona la naturaleza de la persona,[11] la cual ya tiene -dice S. Tomás, recogiendo la tradición de los Padres- «un deseo natural de ver a Dios».[12]

El don de la gracia supone una re-creación de la persona: Dios «infunde también algunas formas o cualidades sobrenaturales en aquellos que El mueve a conseguir el bien sobrenatural eterno, para que mediante ellas sean movidas por El con suavidad y prontitud a conseguirlo».[13] La actualización de la capacidad de Dios se da por la gracia, algo creado puesto por Dios en el alma para que haga la persona humana operaciones proporcionadas a su fin sobrenatural, pues el modo de obrar sigue al modo de ser. «No cabe duda que la gracia pone algo en quien la recibe: primero, el mismo don concedido gratuitamente, y segundo, el reconocimiento de este don».[14] Así como en el orden natural la generación y la vida son elementos inseparables que nos llegan por el acto generador del padre, que comunican la naturaleza, así sucede en el orden de la gracia, con la comunicación de una nueva vida y filiación, pues recibe el hombre una participación de la «naturaleza divina», de la «vida sobrenatural». La gracia es *algo creado puesto por Dios en el alma*, y en este sentido estudia el Aquinate el *concepto de gracia como cualidad y como hábito de justicia*.

En cuanto a la causa, señala S. Tomás que es *efecto de la «dilectio specialis» de Dios, que nos quiere hijos*: «al decir que el hombre tiene la gracia de Dios, afirmamos que hay en él algo sobrenatural que proviene de Dios. -Sin embargo, se llama a veces gracia de Dios a su amor eterno, en cuanto que se llama también gracia de predestinación, puesto que Dios gratuitamente -y no por sus méritos- predestinó o eligió a algunos, pues dice el Apóstol: *nos predestinó a la adopción de hijos suyos, para alabanza de la gloria de su gracia* (Eph 1, 5-6)»;[15] ahí vemos que un acto eterno (predestinación), se une al objeto temporal (nosotros), vemos el modo de realizarse (*in adoptionem)*, y el efecto (*in laudem gloriae).* El amor de Dios no es causado por el bien de la criatura, sino al revés. Hemos sido gratos a Dios, de modo que seamos dignos de su amor. Y a partir de esa predilección vienen los demás bienes: *la gracia es el principio de todo bien,*

---

[9] *S. Th.* I-II, q. 113, a. 10.
[10] *S. Th.* I-II, q. 113, a. 10;
[11] Cf. *In I ad Cor.*, c. 3, lec. 3 [173].
[12] *S. Th.*, I, q. 12, a. 1; cf. I-II, q. 3, a. 8.
[13] *S. Th.*, I-II, q. 110, a. 2 c.
[14] *S. Th.*, I-II, q. 110, a. 1 c.
[15] *S. Th.*, I-II, q. 110, a. 1 c.

principio de una vida nueva, una llamada a la vida eterna: confiere la más alta participación de la bondad divina que puede haber, y la más alta dignidad de esa imagen de Dios que es el hombre, que por sus operaciones puede «alcanzar a Dios, por el conocimiento y amor».[16]

La *predestinación a hijos adoptivos es en Cristo*, la «nueva creación» es causada por la predestinación en Cristo a ser hijos de Dios: «efectivamente, Cristo ha sido predestinado a ser Hijo de Dios por naturaleza, y nosotros lo hemos sido a ser hijos por adopción, la cual es una semejanza participada de la filiación natural. Por ello dice San Pablo: *a los que de antemano conoció también los predestinó para que lleguen a ser conformes a la imagen de su Hijo* (Rom 8, 29)».[17] El Aquinate, de una parte, declara que *la voluntad divina de predestinación del hombre como hijo de Dios se realiza en Cristo*, y afirma que *la predestinación de Cristo es ejemplar y causa de la nuestra*. Naturalmente, al igual que veíamos con la gracia, *la predestinación en Cristo es puro efecto del amor divino*, y «es evidente que no hay otra causa de la predestinación divina, *ni la puede haber*, que la simple voluntad de Dios. De donde es manifiesto también que no hay otra razón de la divina voluntad predestinante que comunicar a los hijos la divina bondad».[18] Santo Tomás subraya *la trascendencia de la gracia de la filiación divina, que es dada gratuitamente por Dios*.

2. En Cristo somos hechos hijos de Dios, a su imagen y semejanza, en el orden de la gracia, «dioses»[19] por conformación al Verbo, en una participación del ejemplar, de su filiación natural. En este segundo apartado, se estudia la doctrina del Aquinate sobre la *filiación divina como participación de la filiación de Jesucristo*.[20] En primer lugar, nos hemos detenido en la doctrina del Aquinate sobre *la filiación adoptiva del cristiano y su relación con la Trinidad*. En cuanto obra *ad extra*, es común «a toda la Trinidad, debido a la unidad de su naturaleza, pues allí donde hay unidad de naturaleza, hay también, necesariamente, unidad de poder y de operación. Por eso dice el Señor: *lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo* (Io 5, 19). Por tanto, la adopción de los hombres en hijos de Dios es común a toda la Trinidad».[21] Sin embargo, en esta acción trinitaria cada Persona está presente según lo que le es propio, y en este contexto usa S. Tomás el término «apropiación»: «la filiación adoptiva es una semejanza participada de la filiación natural, cuya realización en nosotros aplicamos por apropiación al Padre, por ser éste principio de la filiación natural; y también al don del Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo».[22]

---

[16] *In IV Sent.*, d. 49, q. 1, a. 3 sol 1 c.
[17] *S. Th.*, III, q. 24, a. 3 c.
[18] *In ad Eph.*, c. 1, lec. 1 [12].
[19] Cf. *C. G.*, IV, c. 34.
[20] Cf. capítulo I, B.
[21] *S. Th.*, III, q. 23, a. 2 c.
[22] *S. Th.*, III, q. 3, a. 5 ad. 2.

Luego, se ha estudiado la filiación divina adoptiva, como *participación en la filiación natural del Verbo*, «porque la adopción de los hijos no es más que esta conformidad. El que es adoptado como hijo de Dios, queda conformado a su Hijo».[23] Dios «nos predestinó a hacernos conformes a su Hijo, a que llevemos su imagen»;[24] «por la adopción divina llegamos a ser hermanos de Cristo, teniendo el mismo Padre que El».[25] «El Hijo de Dios quiso comunicar a los hombres una filiación semejante a la suya, de modo que fuera no sólo Hijo, sino el primogénito de muchos hijos».[26] Cristo es *primogénito entre muchos hermanos* (Rom 8, 29).

Hemos visto el *concepto de participación sobrenatural* en Santo Tomás, y su *aplicación* a la filiación adoptiva. Hay una *relación entre la gracia (que eleva la naturaleza), y la filiación divina (que es una elevación de la persona)*. La filiación divina es vista como *regeneración de la persona por la gracia de Cristo*. «La adopción de hijos de Dios se realiza mediante la conformidad de la imagen con el Hijo natural de Dios. Esto tiene lugar de dos modos: primero, por medio de la gracia en la vida presente, que da una conformidad imperfecta; segundo, mediante la gloria, con una conformidad perfecta: *nunc filii Dei sumus, et nondum apparuit quid erimus: scimus quoniam, cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicut est* (1 Io 3, 2)».[27]

Santo Tomás ve la filiación adoptiva como *participación en la naturaleza divina, por la participación en Cristo*. Esta concepción de la gracia está reflejada en el uso que hace de la importante expresión escriturística *«divinæ consortes naturæ»* (2 Petr 1, 4), como se observa en los comentarios de Santo Tomás, es la definición más adecuada a la gracia. La filiación adoptiva se da por *la participación en la vida de Cristo por la gracia, in qua gratificavit nos in dilecto Filio suo* (Eph 1, 6). Por la gracia hay una cierta participación en el amor del Padre y el Hijo, en el misterio trinitario. Es el misterio de nuestra filiación adoptiva: llegamos a ser *partícipes de la naturaleza divina* (2 Petr 1, 4), entendida en sí misma: «el Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacemos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres».[28] La gracia da una perfección a la persona, que comporta «una participación de la naturaleza divina, que excede toda otra naturaleza».[29] Esa participación es *la mayor semejanza y unión posible con Dios*. El misterio de la filiación divina como participación de la naturaleza divina establece una *relación de la criatura con las Personas de la Trinidad*: es es la *filiación divina vivida en Cristo*.

---

[23] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 6 [704].
[24] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 6 [705].
[25] *S. Th.* III, q. 23, a 2 ad 2.
[26] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 6.
[27] Cf. *S. Th.*, III, q. 45, a. 4 c.
[28] *Officium de festo Corporis Christi*, lec. 1.
[29] *S. Th.* I-II, q. 112, a. 1 c.

La filiación divina se da a través de una *participación en la vida misma de Cristo*, en una *comunión con Cristo que se realiza en la participación de la gracia de su Humanidad Santísima*. La naturaleza humana de Cristo fue divinizada por la gracia, una gracia creada, que tiene la *plenitud de la gracia creada, y de ella participamos todos.* Es éste el nervio de nuestro estudio en este primer capítulo: la gracia creada de Cristo es principio y raíz de todos los bienes en el orden sobrenatural; ella nos regenera (re-crea) siendo el origen de la filiación divina el amor de Dios que nos ha elegido y predestinado en Jesucristo para ser santos e inmaculados en su presencia, por la caridad (cf. Eph 1, 3-6). Es la filiación divina la nueva relación que se da entre la criatura y Dios, que se une a ella por la gracia.

Esta gracia de Cristo *redunda en el hombre, haciéndolo hijo de Dios.* La Humanidad de Jesucristo es *sacramento de salvación, y tiene un influjo vital en los miembros de su Cuerpo místico*, pues esa gracia capital «le fue conferida a Cristo como principio universal de justificación para la naturaleza humana».[30] Cristo es causa eficiente de nuestra salvación, la humanidad del Hijo de Dios es *instrumento de Cristo para la unión del cristiano en su Cuerpo místico*. En la configuración con Cristo está la salvación, a través de la Humanidad Santísima, «y esta virtud alcanza con su presencia todos los lugares y los tiempos, y tal contacto virtual basta para explicar esta eficiencia».[31]

Se puede decir que *Cristo por la gracia es «vida» del alma en el hijo de Dios*, y así *la vida de gracia es una redundancia de la vida de Cristo en el cristiano*, por nuestra participación en los misterios de su vida. Hay una *unión del cristiano con Cristo*: «vivir implica ser movido por un principio intrínseco. El alma de Pablo estaba entre Dios y su cuerpo: el cuerpo vivía y se movía por acción del alma de Pablo, pero su alma vivía por obra de Cristo. Por esto, hablando de la vida de la carne, que él mismo vivía, San Pablo dice *la vida que vivo ahora en la carne*; pero, en relación con Dios, era Cristo el que vivía en Pablo, y por esto dice *vivo en la fe del Hijo de Dios*, por la cual habita en mí y me mueve».[32] Y aún otro texto de S. Tomás: «La vida comporta cierto movimiento. Pues se dice que viven aquéllos que se mueven por sí mismos. Por tanto, es precisamente la vida la causa radical de movimiento en el hombre. Ahora bien, el hombre se mueve siempre hacia algo que tiene razón de fin. De ahí que llame también vida suya a lo que le mueve a operar... En este sentido Cristo es también vida nuestra, en cuanto que todo el motivo de nuestra vida y operaciones es Cristo».[33]

Sobre el modo de estar Cristo en el corazón del cristiano, son muy ilustrativos algunos comentarios bíblicos, que destacan la presencia de Cristo por la fe, por la caridad, la Eucaristía: «reafirma Dios que la virtud de la comida

---

[30] *S. Th.*, III, q. 7, a. 11 c.
[31] *S. Th.*, III, q. 56, a. 1, ad 3.
[32] *In ad Gal.*, c. 2, lec. 6 [109].
[33] *In ad Phil.*, c. 1, lec. 3 [32].

espiritual (su Cuerpo) da la vida eterna: todo el que come mi carne y bebe mi sangre se adhiere a mí, y el que se une a mí tiene la vida eterna: luego quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna».[34] Y comenta el Aquinate que no se refiere ahí el Señor a un «sentido místico referido a sumir sólo espiritualmente (...) por la unión de la fe y de la caridad (...) nos referimos a sumir el sacramento, entonces (...) quien de verdad come el cuerpo y bebe la sangre de Cristo permanece en Cristo, y Cristo en él».[35] El Cuerpo y Sangre de Cristo son prenda de la vida eterna -son ya la vida eterna- y garantía de la resurrección corporal (cf. Io 6, 54).

3. En un tercer apartado, se recoge la doctrina del Aquinate sobre *el Espíritu Santo y la filiación divina*, pues Él es el gran protagonista de nuestra transformación en hijos de Dios (cf. Gal 4, 6).[36] «Por eso mismo que nos ha sido dado, somos hechos hijos de Dios, pues mediante el Espíritu nos hacemos uno con Cristo».[37] En este apartado dedicado al Espíritu Santo, hemos recordado primero como *la adopción divina es recibida por la inhabitación de Dios*, precisamente por el *Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios*. «El modo en que recibimos ese don es por la misión del Espíritu Santo a nuestros corazones (...). *Porque sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá, Padre!*».[38] Por el don del Espíritu Santo *nos llegan todos los bienes*, Y el Espíritu Santo es el *autor de la regeneración espiritual*: «la regeneración espiritual es obra del Espíritu Santo. *Non accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed spiritum adoptionis filiorum* (Rom 8, 15)».[39] La inhabitación del Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios, es el fundamento de toda la vida cristiana: el Espíritu Santo es inseparable de sus dones, por los que se comunica Él mismo, dirá Santo Tomás: la gracia santificante dispone al alma para tener la Persona divina, y esto es lo que se significa al decir que el Espíritu Santo es dado según el don de la gracia: *unde ipsemet Spiritus Sanctus datur et mittitur*.[40] El Espíritu Santo inhabita en nosotros (cf. Rom 8, 11.15.26 etc.), y hace a los hombres hijos de Dios; los cuales pueden tener de esa *realidad* una cierta experiencia (conocimiento que el Aquinate llama *cuasi-experimental*).[41]

El Espíritu Santo es también *prenda de la herencia de los hijos de Dios*. Por último, pasa S. Tomás a señalar que el fin por el que nos sellaron queda dicho en la expresión paulina: *para ser libres* (Eph 1, 14), en lo que se resume también

---

[34] *In Io Ev.* c. 6, lec. 7 [975]
[35] *Ibid.*
[36] Vid. capítulo I. C.
[37] *In ad Eph.*, c. 1, lec. 5 [42].
[38] *In ad Gal.*, c. 4, lec. 3 [211]
[39] *In Ev. ad Io.*, c. 3, lec. 1 [442].
[40] *S. Th.*, I, q. 43, a. 3 c; cf. también q. 8, a. 3; *In III Sent.*, d. 10, q. 3, a. 1, qla. 1 c.
[41] Cf. *In I Sent.*, d. 14, q. 2, a. 2 ad 3.

todos los bienes que se reciben con el Espíritu Santo, *in libertatem gloriæ filiorum Dei* (Rom 8, 21).

II. El segundo capítulo, titulado *la libertad de los hijos de Dios* se refiere a la doctrina de Santo Tomás sobre el dinamismo del hijo de Dios en la economía de *la Ley Nueva, que es principalmente una gracia divina interior para obrar con libertad de hijos de Dios*. El hijo de Dios está capacitado para un nuevo modo de obrar, que -dice S. Tomás- «perfecciona en la acción y en la afección, elevando por esta luz los afectos del hombre sobre todas las cosas creadas para inclinarle al amor de Dios, para esperar en El, y para hacer todo lo que el amor exige».[42]

1. Un primer apartado se refiere al proceso *de la servidumbre del pecado a la libertad de los hijos de Dios*. Así, pone Santo Tomás en relación la Antigua Ley con la Nueva, que proclama *de manera que ya no eres siervo, sino hijo...* (Gal 4, 7). El concepto de libertad va asociado al temor filial: este binomio *temor-amor*, y el de *servidumbre-libertad* es el tema dominante de toda la doctrina del Aquinate. Señalamos primero que «así como el temor es la vía al amor, la Ley Antigua lo es para la Nueva».[43] «En la Nueva Ley, y a diferencia de la Ley Antigua, se dice: los que son llevados por el Espíritu de Dios... (Rom 8, 14) *No habéis recibido de nuevo el espíritu de servidumbre para recaer en el temor* (Rom 8, 15) -se refiere al temor de las penas, temor que también producía el Espíritu Santo- *sino que habéis recibido el espíritu de caridad de hijos adoptivos* (Rom. 8, 15), es decir, por el que somos adoptados como hijos de Dios».[44]

Un segundo punto en el que se profundiza es el paso de la *servidumbre del pecado a la libertad de hijos*. Cristo libera de esa servidumbre y lleva a la *libertad de la ley y servidumbre por Amor*. «Cuando alguien, por el hábito de la justicia y de la gracia, se inclina al bien, es libre del pecado... Así como en el estado de pecado se es siervo del pecado, al que se obedece, así en el estado de justicia el que es siervo de Dios, le obedece voluntariamente... Esta es la verdadera libertad y la óptima servidumbre, porque por la justicia el hombre tiende hacia aquello que le conviene, lo que es propio del hombre, y se aparta de lo que conviene a la concupiscencia, que es lo animal».[45]

En un tercer punto, se estudia *el temor filial, según Santo Tomás*, pues hay en él un fuerte paralelismo entre la libertad y el temor: igual que hay servidumbre del pecado y servidumbre del amor, hablará del temor servil y del filial o casto. El temor servil es aquel que es propio del que hace algo por miedo al castigo que, de no hacerlo, pudiera sobrevenirle. Su contraste con *el temor filial o casto* está bien descrito por el Aquinate con un ejemplo: «las relaciones del criado con su señor se

---

[42] *Comp. theol.*, lib. 1, c. 143 [285].
[43] *In III Sent.*, d. 40, q. 1, a. 4 sol 2.
[44] *In ad Rom.* c. 8, lec. 3 [643].
[45] *In ad Rom.*, c. 6, lec. 4 [513].

basan en la potestad de éste sobre el siervo que le está sujeto; pero las del hijo con el padre o de la esposa con su esposo, en el afecto del hijo, que se somete al padre, o de la mujer, que se une al marido con unión de amor. De aquí que el temor filial y el amor casto son uno mismo, ya que por el amor de caridad Dios se hace nuestro Padre, según se lee: *habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, con el cual clamamos: Abba, Padre* (Rom 8, 15); y por la misma caridad se llama nuestro esposo: *os he desposado como virgen casta con un varón, Cristo* (2 Cor 11, 2). El temor servil, empero, es distinto, por no encerrar caridad en su concepto».[46]

2. Un segundo apartado gira en torno al texto bíblico: *los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios* (Rom 8, 14). Los animales «aguntur», el hombre «agit»; el hijo de Dios «agitur», pero no por la acción de otras criaturas sino por la del Espíritu Santo: *Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei* (Rom 8, 14). «*Los que son movidos por el Espíritu de Dios*, es decir, son regidos como por algún jefe o director, porque el Espíritu hace esto ciertamente en nosotros, en cuanto que nos ilumina interiormente sobre qué debemos hacer: *Tu espíritu bueno me conducirá* (Ps 142, 10). Pero como aquel que es conducido no actúa por sí mismo, el hombre espiritual no sólo es instruido por el Espíritu Santo sobre qué debe hacer, sino que también su corazón es movido por el Espíritu Santo; de este modo, se ha de profundizar más al decir *los que son movidos por el Espíritu de Dios*».[47]

Esto nos ha llevado al estudio del *«instinto del Espíritu Santo», según Santo Tomás*: así como la naturaleza da un *instinctus rationis* la gracia da un *instinctus Spiritus Sancti*. El Aquinate pone en la raíz de todo el dinamismo moral del hijo de Dios un instinto sobrenatural, que llama *instinctus gratiæ* o *instinctus Spiritus Sancti*.[48] En continuidad con el orden natural, que queda así perfeccionado en la única causalidad divina, la disposición teleológica de la gracia genera, en paralelismo al *instinctus rationis* pero en un orden más alto (que pone en evidencia la sabiduría del único Autor de uno y otro orden), un *instinctus gratiæ*. Dios llama *per quaedam instinctus interiorem, quo Deus per gratiam tangit cor*[49] , por este instinto toca el corazón y vive la auténtica libertad.[50]

Al tocar la *noción de «instinctus»*, hemos observado que es una inclinación que Dios imprime en la misma estructura ontológica de los vivientes; una *inclinación interior* (es decir, inmanente y operante en la interioridad de los seres

---

[46] *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 2 ad 3.

[47] *In ad Rom*. c. 8, lec. 3 [635])

[48] Vid. capítulo II, B, con abundantes textos, y la bibliografía, sobre la centralidad de este punto en el Aquinate. Por poner un ejemplo, sólo en la *S. Th.*, I-II, q. 68 emplea S. Tomás 12 veces la expresión *instinctus Spiritus Sancti* o bien *instinctus gratiæ*.

[49] *In ad Gal*. 42; *In 2 ad Cor*. 7.

[50] Cf. *In 2 ad Tim*. 71; *In ad Tes*. 57.

dotados de vida), que tiene unas características sobresalientes: una *espontaneidad y cierta pasividad*. En efecto, el impulso del instinto es espontáneo y tiende a ser seguido (necesariamente en los vivientes no libres, y con una cierta falta de conciencia refleja inmediata, según los niveles de la inclinación instintiva). La interioridad, que es mayor según se asciende en el orden del ser, alcanza un grado eminente por la gracia, y la moción instintiva alcanza su vértice en el nivel sobrenatural. El término «instinto» se usa para ilustrar y comprender la multiplicidad de manifestaciones que comporta la prioridad de la iniciativa divina en el obrar del hombre en gracia, especialmente en relación a la fe y a la acción del Espíritu Santo. S. Tomás usa la palabra «instinto», en el orden de la gracia, en expresiones como las que siguen: *interior instinctus*; *instinctus Dei* o *divinus*; o bien *interior instinctus Spiritus Sancti*; *instinctus gratiæ*; *specialis instinctus*; y otros como *instinctus propheticus* referidos ya a especiales funciones. El Aquinate señala que la transformación operada por Dios en el alma, en orden a la plenitud de la filiación divina, comporta la aparición de esa especie de instinto sobrenatural. Digámoslo con sus palabras: «en orden al fin último sobrenatural, al cual la razón mueve en cuanto que en cierto modo e imperfectamente está informada por las virtudes teologales, no basta la sola moción de la razón si no interviene también el instinto o moción superior del Espíritu Santo, según las palabras del Apóstol: *los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios, y si hijos, también herederos* (Rom 8, 14.17); y las del Salmo: *tu Espíritu bueno me llevará a la tierra verdadera* (Ps 142, 10), porque nadie puede recibir la herencia de aquella tierra de los bienaventurados si no es movido y llevado por el Espíritu Santo».[51]

Ese «instinto» del Espíritu Santo es *un impulso de amor*, y por este instinto *aumenta la familiaridad del hijo con su Padre Dios*; se trata de un impulso unificante: «aun cuando a la voluntad pertenecen muchos actos, como el desear, el gozar, el odiar y otros semejantes, no obstante, el amor es el único principio y la raíz común de todos».[52] «Lo amado existe en la voluntad como inclinando y, en cierto modo, impeliendo intrínsecamente al amante hacia la cosa amada, y el impulso desde el interior de un ser vivo pertenece al espíritu».[53] «De aquí que el Apóstol atribuya al Espíritu y al Amor cierto impulso, pues dice: *los que son movidos por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios* (Rom 8, 14); y *la caridad de Cristo nos impele* (2 Cor 5, 14)».[54] Este instinto lleva hacia la obediencia a Dios y el servicio al prójimo.

3. Este instinto -y es el tercer apartado de este capítulo- engendra una plenitud de libertad, y da lugar a un nuevo modo de vivir la Ley y la libertad en quienes son hijos de Dios. Por eso lo hemos titulado *Libertad y obediencia en los*

---

[51] *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 2 c.
[52] *C. G.*, IV, c. 19.
[53] *C. G.*, IV, c. 19.
[54] *C. G.*, IV, c. 19. Cf. S. PINKAERS, *Les sources de la morale chrétiénne*, cit., 234.

hijos de Dios.[55] «Se dice que son conducidas aquellas cosas que son movidas por un cierto instinto superior (...). Sin embargo, no se excluye por esto que los hombres espirituales actúen por la voluntad y el libre arbitrio, porque el Espíritu Santo causa en ellos este mismo movimiento de la voluntad y del libre arbitrio, según lo que dice el Apóstol: *Dios es el que causa en nosotros el querer y el obrar* (Phil 12, 13)»[56] Es una armonía perfecta, entre el don con que Dios obra porque el hombre quiere y a su vez éste quiere por la gracia que le da fuerza y lo deja hacer, en una vida que contiene una lucha por corresponder, en el despligue de las virtudes que son como manifestaciones de ese amor de entrega filial.

Un primer punto ha sido considerar *las relaciones Ley-Libertad, según Santo Tomás*: *la Nueva Ley consiste principalmente en la gracia del Espíritu Santo, que nos llega a través de Cristo, y nos mueve a obrar*. *La voluntad está ordenada a gozar del fin último, que es la felicidad in libertatem gloriæ filiorum Dei*. Precisamente *la predestinación a la filiación divina* está relacionada con *la aceptación libre de la persona humana*.

En un segundo punto, Santo Tomás señala que *en Cristo Dios revela al hombre su libertad*. Muchas de las cosas que hará un hijo adoptivo de Dios no están mandadas como precepto, y establecer qué conviene hacer y qué evitar en uno u otro caso está dejado por Dios a la responsabilidad -al amor- de cada uno, y a la prudencia de los que han de formar a sus hermanos en la fe; por esto se dice a la ley del Evangelio *lex libertatis*.

El último punto refiere que *la filiación divina es la suprema expresión de la libertad y de la ley*. De una parte, *el instinto del Espíritu Santo ilumina y da certeza en la verdad*; el instinto del Espíritu Santo *es un instinto luminoso e intuitivo, que instaura una plenitud de libertad, la libertad de los hijos de Dios*. Es un dinamismo de lucha espiritual no basado tanto en la voluntad como en ese dejarse llevar confiado en la voz del Espíritu que clama en nuestro interior, en la obediencia de la fe. Da un *conocimiento intuitivo* y una *luz interior para las cosas de Dios*. Ese instinto del Espíritu que mueve a los hijos de Dios, a juzgar por los textos que presentamos, y en sintonía con los demás, es en Santo Tomás un movimiento en gran parte instintivo, se desarrolla en una connaturalidad con la vida de la gracia, y pertenece más al conocimiento intuitivo que al discursivo. Por ese *instinto* de la gracia, el hombre «ya no actúa humanamente, sino como un dios por participación».[57]

III. Hemos titulado el tercer capítulo *Las virtudes del hijo de Dios y la oración del «Padre nuestro»*. El análisis de las *virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo en la perspectiva de la filiación divina*, ha sido

---

[55] Vid. capítulo 2, C.
[56] *In ad Rom.* c. 8, lec. 3 [635].
[57] *In III Sent.*, d. 34, q. 1, a. 3.

completado por la *oración dominical* donde está todo ello contenido, y es donde se practica la consideración de la filiación divina. Integrados en este esquema, se ha visto cómo Santo Tomás trata la participación en la cruz con un sentido de vida de fe según el espíritu de las bienaventuranzas (en el amor a cruz se fomenta la esperanza cristiana y la unión con Cristo y su misión redentora), muy relacionada con la Eucaristía, donde el cristiano hace oblación, en Cristo, de su vida y de su actuar.

1. En una breve introducción se ha señalado como S. Tomás ve *las virtudes teologales y su relación con la filiación divina, fundamento de la vida cristiana*. Y *«con el ejercicio de las virtudes teologales se puede «tener la posibilidad de gozar de las Personas divinas»*.[58]

Somos hijos de Dios por la fe (Gal 3, 26), en una *configuración con Cristo* que se lleva a cabo -señala S. Tomás- *por los sacramentos de la fe*: la configuración es un largo camino que avanza como un edificio en construcción, y en esta progresiva identificación, se cavan los cimientos que son el fundamento para construir toda la mole. Luego se avanza plano a plano hasta el remate. El cimiento es la penitencia, que lleva a rechazar el pecado; el fundamento es la fe, y la construcción se hace por los sacramentos.

En el bautismo recibimos la filiación divina adoptiva, es *fundamento de la vida del hijo de Dios*, «una regeneración espiritual. Como no puede darse vida carnal si el hombre no nace carnalmente, tampoco puede darse vida espiritual, o vida de la gracia, si el hombre no renace espiritualmente. Esta regeneración tiene lugar en el bautismo: *Quien no renazca de agua y Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios* (Io 3, 5)».[59] Hemos hecho una breve síntesis de la doctrina del Aquinate sobre la *iniciación cristiana y vida según la filiación divina*.

Señala Santo Tomás que la filiación divina, y la *vida de fe*, se manifiesta *en obras de justicia y santidad*: «del mismo modo que de la cabeza natural fluye a los miembros el sentido y el movimiento, de modo parecido desciende de la cabeza espiritual, que es Cristo, a sus miembros la sensibilidad espiritual, que consiste en el conocimiento de la verdad; y también un movimiento espiritual, que procede del impulso de la gracia (cf. Io 1, 14-16) (...). Por tanto, los bautizados son iluminados por Jesucristo en el conocimiento de la verdad; y, penetrándoles con su gracia, les transmite la fecundidad de la que brotan las buenas obras».[60] «Como vosotros sois de Cristo, tenéis el espíritu de Cristo, y al mismo Cristo que habita por la fe en vosotros... *Cristo habita por la fe en vuestros corazones* (Eph 3, 17). Pero si Cristo está así en vosotros, es necesario que vosotros viváis conformes con

---

[58] *S. Th.* I, q. 43, a. 3, c.
[59] *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 10.
[60] *S. Th.*, III, q. 69, a. 5 c.

El».[61] *Revestirse de Cristo es vivir a su semejanza por las virtudes*, y así *la vida de Cristo «redunda» y «se reproduce» de algún modo en el cristiano*: «Es necesario que Cristo crezca en ti, para que progreses en su conocimiento y amor: porque cuando más lo conoces y lo amas, tanto más crece Cristo en ti».[62]

Por último, *la fe lleva a la confesión de Dios como Padre*: «declaramos pues, instruidos por el Señor, que tenemos a Dios como Padre, cuando decimos orando: *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mt 6, 9) (...) *¡Me llamarás Padre mío* (Jer 3, 19). Decimos esto no por el sonido de la voz, sino por la intención del corazón a la que por causa de su magnitud se llama clamor, como cuando se dirige a Moisés callado: *¿Cómo clamas a mí?* (Ex 14, 15), ¿con qué intención de corazón? Pero esta magnitud de la intención procede del afecto del amor filial, que se da en nosotros por supuesto. Y así dice *en el cual*, en el Espíritu Santo, *clamamos*: 'Abba, Pater!'».[63] Declara el Aquinate que el mismo Espíritu da testimonio de que somos hijos de Dios; «*el mismo Espíritu* (Rom 8, 16): muestra lo mismo por testimonio del Espíritu Santo, para que nadie diga que nos engañamos con nuestra confesión; por esto dice: así digo, que en el Espíritu Santo *clamamos ¡Padre!*, pues el mismo Espíritu da testimonio de que somos hijos de Dios. Aquí sin embargo, da un testimonio no con sonido exterior dirigido a los oídos de los hombres, como el Padre afirma de su Hijo (cf. Mat. 3, 17) sino que da testimonio por efecto del amor filial que produce en nosotros. Y así dice que *da testimonio*, no por los oídos, sino *por nuestro espíritu* (Rom. 8, 16)».[64]

La esperanza de *la gloria de los hijos de Dios* (Rom 8, 21) es *confianza de hijos*, pues la filiación divina adoptiva *incoa en la esperanza la participación en la vida gloriosa de Cristo*. Hemos estudiado en ese punto *la herencia de los hijos de Dios en Cristo, según Santo Tomás*: «porque siendo El mismo el hijo principal, de cuya filiación participamos nosotros, de este modo El es el principal heredero, al cual quedamos unidos en la herencia».[65] En Él tenemos «la esperanza de conseguir la gloria de los hijos de Dios»,[66] a ser *coherederos con Cristo*, y en *la participación de su esplendor*, está *la plena manifestación de los hijos de Dios*.

El espíritu de los hijos de Dios es *la caridad*. En efecto, «amar es desear el bien a alguien»,[67] dirá Santo Tomás, y Dios en su bondad quiere comunicar el bien mayor al hombre, la filiación divina. *La caridad de Cristo manifiesta el culmen de la ley moral del hijo de Dios*. Santo Tomás señala que *reconocer el amor de Dios Padre empuja a la correspondencia de amor filial*. La caridad brota

---

[61] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 3 [629]
[62] *In Io Ev.*, c. 3, lec. 5 [524].
[63] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 3 [644].
[64] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 3 [645].
[65] *In ad Rom.*, c. [649].
[66] *In ad Rom.*, c. 5, lec. 1 [388].
[67] *S. Th.*, I-II, q. 26, a. 4.

más espontánea -en cuanto impulso que desea el bien del otro- en ese sentirse amado primero, y precisamente el ser y saberse amado por Dios es fuente de vida cristiana. *No es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que el nos amó a nosotros primero* (1 Io 4, 20); nuestro amor de caridad es «producido en nosotros por el amor que El nos tiene».[68]

Este espíritu de *caridad* está relacionado íntimamente con *la filiación vivida en Cristo*, el cual señala que Dios Padre ama a sus hijos adoptivos «como» le ama a Él: «no implica estricta igualdad en el amor, sino el motivo y la semejanza. Es como si dijera: el amor por el que me amaste a mí es la razón y la causa por las que los amaste a ellos, pues, precisamente porque me amas a mí amas a quienes me aman».[69] La caridad es vista por S. Tomás como *forma y principio unificador de todas las virtudes*. Y esto no está al margen de los mandamientos de la Ley, pues señala el Aquinate que la caridad filial lleva a *la obediencia a Dios*: la perfección en la vida del hijo de Dios se lleva a cabo *por la obediencia que nace de la fe y es fruto del amor*. *Toda la vida del hijo de Dios puede estar impregnada de la intencionalidad de la caridad*; ser movidos por el Espíritu coincide con servir a Dios por amor. La caridad filial está en relación con el *«instinto del Espíritu Santo»*, y da una perfección en el camino del conocimiento de la fe: «pero tanto más procedemos en esa vía cuanto más nos aproximamos a Dios, no con pasos del cuerpo sino con afectos de la mente, pues esa proximidad la causa la caridad, porque con ella la mente se une a Dios».[70] *La Eucaristía* es la consumación de la caridad. Y el espíritu de *fraternidad de los hijos de Dios* es la consecuencia de ser hermanos en Cristo: «entre los deberes que tiene el que se reconoce hijo de Dios, el principal es imitar al Señor en la caridad: *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy queridos, y proceded con amor* (Eph 5, 1)». Este amor fraterno lleva al *apostolado*, es estímulo en orden a la salvación del prójimo.

Al contemplar *las virtudes morales en la perspectiva de la filiación divina*, según Santo Tomás, veíamos que éstas capacitan al hombre para obrar en orden a su fin sobrenatural, para vivir como hijos de Dios: *la multiplicidad de las acciones en la práctica de las virtudes forma una trama* en torno a la vida de fe que actúa por la caridad, regida por la prudencia, que lleva a saber discernir cómo debe comportarse un hijo de Dios, ante una circunstancia concreta. Se ha señalado también el esfuerzo en el obrar virtuoso *en relación con la espontaneidad instintiva y el placer que produce el vivir en el bien*.

La alegría de los hijos de Dios, la *vita beata* en la tierra, tiene por fundamento la filiación divina. Está unida a la libertad, y tiene por meta la gloria

---

[68] *In duo præcepta caritatis et in decem legis præcepta*, proem.
[69] *In Ev. Io.*, c. 17, lec. 5 [2251].
[70] *S. Th.*, II-II, q. 24, a. 4 c.

del cielo; es fruto de la gloria que ya se participa en la esperanza, *in libertatem gloriæ filiorum Dei* (Rom 8, 21).

La respuesta filial al amor de Dios *está llena de agradecimiento*: «es necesario que ante todas las cosas hagamos acción de gracias, de acuerdo con: *dad gracias en todas las cosas* (1 Thes 5, 18). Pues en efecto, no es digno de conseguir un beneficio quien no da gracias por los beneficios recibidos (...) porque los beneficios vuelven al principio de donde provienen por las acciones de gracias».[71]

La unión a la Cruz de Cristo va unida a *la alegría en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios*: esto es, la herencia de Cristo: «se ha de considerar que Cristo, que es el principal heredero, llega a la herencia de la gloria a través de los padecimientos: *¿Por ventura no era necesario que padeciese Cristo y así entrase en su gloria?* (Lc 24, 26). Tampoco nosotros hemos de recibir la herencia de un modo más fácil, y así también conviene que nosotros, por los padecimientos lleguemos a aquella herencia. *A través de muchas tribulaciones conviene que nosotros lleguemos al reino de Dios* (Hebr 14, 21). Pero no hemos recibido un cuerpo inmortal e impasible, para que junto con Cristo podamos padecer».[72] El *amor a la Cruz a ejemplo de Cristo* es *resumen de la vida del hijo de Dios*: «quien quiera vivir a la perfección, no tiene que hacer más que despreciar lo que Cristo despreció en la Cruz, y desear lo que El deseó. En la Cruz no falta ningún ejemplo de virtud».[73]

2. Un segundo apartado del tercer capítulo trata del *temor, la piedad filial y su relación con los demás dones del Espíritu Santo*.[74] Con lo dicho en II parece que hay un don, el Espíritu Santo, que se despliega en una multiplicidad de frutos y lo que la tradición llama dones.

En un primer punto, se ha visto la doctrina de Santo Tomás sobre *la acción divina por los dones del Espíritu Santo y el actuar humano bajo su moción*. La *relación entre los dones de la piedad y el temor de Dios* manifiesta la relación entre el temor y el amor: «*no habéis recibido un espíritu de esclavitud para caer de nuevo en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos* (Rom 8, 15). En efecto, en el amor no hay temor (cf. 1 Io 4), porque el temor mira al castigo; al contrario, el amor nos hace no sólo libres sino hijos, de modo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos (cf. 1 Io 3)».[75] «Por el don de piedad, el Espíritu Santo nos mueve para que tengamos un afecto filial a Dios: como se dice en Rom 8, 15: *accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba, Pater*».

---

[71] *In ad Rom.*, c. 1, lec. 5 [75]
[72] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 3 [651].
[73] *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 5.
[74] Vid. capítulo III, B.
[75] *In duo præcepta caritatis*, proem., 3 [1152].

El *temor y amor filial* han sido estudiados *en relación con las virtudes teologales*. Santo Tomás los relaciona con *la caridad*: «todo temor proviene del amor (...) el amor santo es aquel con el que Dios es amado: *la caridad de Dios está derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado* (Rom 5, 5). Este amor santo cumple tres funciones: en primer lugar, teme ofender a Dios. En segundo lugar, rehúsa apartarse de El. Por último, se somete a Dios por reverencia: a este temor se le llama casto y filial».[76] *Se perfecciona la esperanza*, y «así, el temor filial y la esperanza se complementan y perfeccionan mutuamente».[77] Este temor filial -también llamado esponsal- *vivifica la fe*: «por la fe, el alma se une a Dios: pues por la fe el alma cristiana celebra como una especie de matrimonio con Dios: *te desposaré conmigo en fe* (Os 2, 20)».[78]

Luego, se ha estudiado el *temor y piedad filiales, en relación con otras virtudes*, en primer lugar con la humildad: «los hombres tienen sabiduría cuando tienen verdad, como la filosófica (...); la sabiduría filosófica se daba a pocos y la divina *a los pequeños*, entendiendo como tales a los pueblos: *esta es vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos* (Dt 4, 6). O entiendo por pequeños a lo humildes: *ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los humildes* (Mt 11, 25)».[79]

Los demás dones del Espíritu Santo están en relación con la filiación divina: la *Sabiduría*, que lleva al amor filial con todas las potencialidades del ser: «el principio del amor es doble, pues se puede amar tanto por el sentimiento como por el dictado de la razón. Por el sentimiento, cuando el hombre no sabe vivir sin aquello que ama. Por el dictado de la razón, cuando ama lo que el entendimiento le dice (...). Y nosotros debemos amar a Dios de los dos modos, también sentimentalmente, para que el corazón de carne se sienta movido por Dios, conforme a lo que se expresa en el salmo: *mi corazón y mi carne se regocijaron el el Dios vivo* (Ps 83, 3)».[80] Al tratar los demás dones que hacen referencia a la potencia intelectual, Santo Tomás nos muestra cómo colaboran en ese conocimiento intuitivo, que acompaña al «instinto divino» del que hablamos. El don de *Consejo* está en relación con el «instinto divino», según Santo Tomás. El de *Ciencia* muestra la *dinámica de ese conocimiento sobrenatural intuitivo*: «en Dios el juicio cierto de la verdad es por simple intuición y sin discurso alguno; y por eso la ciencia divina no es discursiva o de razonamientos, sino absoluta y simple. A ella es semejante, pues es como una participación de la misma, la ciencia enumerada entre los dones del Espíritu Santo». Las *Bienaventuranzas con los que se relaciona el temor filial*, han sido también estudiadas por Aquinate, buscando una integración con los dones y la oración dominical.

---

[76] *In Ps.* 18: Vivés, 18, 331.
[77] *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9 ad 1).
[78] *In Symbolum Apostolorum Expositio*, proem.
[79] *In Ps* 18: Vivés 18, 331.
[80] *In Mt Ev.*, c. 22, lec. 4 [1814].

3. La consideración frecuente de la filiación divina -que está incluida en el mandamiento del Señor de rezar el *Padrenuestro*- lleva a vivir como hijos de Dios con un modo nuevo de conocer y de amar, y eso por la acción del Espíritu que acrecienta en nosotros esa connaturalidad para entender y amar a lo divino. De ahí el título del último apartado: *El trato filial con Dios en el rezo del «Padre nuestro» (la consideración de la filiación divina)*.[81] La oración del Padre Nuestro está en el centro del anuncio Evangélico, «por causa del mismo hombre que ora, a fin de que considere sus defectos e incline su corazón a desear ferviente y piadosamente lo que espera conseguir orando, y de este modo se haga idóneo para recibir».[82]

Es la *oración filial*, y la proclamación de las bienaventuranzas, las cuales trazan el camino hacia el cielo a través de las pruebas de esta vida. «Por ser necesaria la esperanza después de la fe para la salvación, era conveniente que nuestro Salvador, que había sido constituido autor y consumador de nuestra fe, por ser depositario de los misterios celestiales, fuera también Quien nos introdujera en la fuente viva de la esperanza enseñándonos un modo de orar que excitase al máximo nuestra esperanza en Dios, pues El mismo es quien nos enseña lo que debemos pedirle (...) nos muestra qué debemos esperar, cuando nos enseña qué debemos pedir».[83] «Es una conversación afectuosa en la que le adoramos en espíritu y en verdad (cf. Io 4, 23); y esta familiaridad, producida por la súplica, dispone a orar de nuevo con más confianza».[84]

Las peticiones de la oración dominical -dice Santo Tomás- contienen «todo lo que pertenece a la esperanza de los cristianos: *en qué* debemos poner nuestra esperanza, *por qué* razón, y *qué* es lo que debemos esperar de Dios».[85] Esta oración enseña a rezar *a ejemplo de oración de Cristo*, «no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad».[86] El hijo de Dios hace suyos los sentimientos de Cristo: «en virtud del espíritu de adopción que hemos recibido, exclamamos: *Abba (esto es), ¡oh Padre mío!* (Rom 8, 15); y el Señor, para enseñarnos qué debemos pedir por esta esperanza, empezó su oración por la invocación del Padre, diciendo: *Padre*».[87]

«Al decir *Padre*, el hombre se dispone afectuosamente a orar con rectitud y a obtener lo que espera. Los hijos deben imitar a sus padres y, en consecuencia, el que confiesa a Dios por Padre debe esforzarse por imitarle, evitando aquellas cosas que no le hacen semejante a Dios, y buscando las que a Dios le asemejan:

---

[81] Vid. capítulo 3. C.
[82] *Comp. theol.*, II, c. 2 [546]; cf. ECC 2763.
[83] *Comp. theol.*, II, c. 3 [549].
[84] *Ibid.*, c. 2 [547].
[85] *Ibid.*, c. 4 [550].
[86] *S. Th.*, II-II, q. 83, a. 9.
[87] *Comp. theol.*, lib. 2, c. 4 [554].

Tú me llamarás Padre, y no cesarás de caminar en pos de Mí (Jer 3, 19)».[88] Por el cultivo gozoso de la *consideración de la filiación divina* nos nutrimos de esa realidad que no es algo abstracto: la frecuente consideración de la filiación divina (siguiendo el mandamiento del Señor, de rezar el *Padrenuestro*), nos lleva cada vez más al amor a Dios Padre, y a exponer con sencillez todos nuestros deseos. Esta *consideración*, señala el Aquinate, acrecienta la caridad: «ninguna prueba hay tan patente de la caridad divina como el que Dios, creador de todas las cosas, se hiciera criatura, que nuestro Señor se hiciera hermano nuestro, que el Hijo de Dios se hiciera hijo de hombre. *De tal manera amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Unigénito* (Jn 3, 16). Consiguientemente, ante la consideración de esto ha de acrecentarse e inflamarse nuestro amor a Dios».[89] Y es camino para la contemplación: «mueve la voluntad a la contemplación, sensible o inteligible, no rara vez en virtud del amor a aquello que se ve, pues según dice el evangelista Mateo: *donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt 6, 21); y también por la penetración en el conocimiento que se consigue por tal contemplación. Y por eso San Gregorio pone la vida contemplativa en la *caridad de Dios*: en cuanto la persona movida por su amor a Dios se enardece en contemplar su belleza. Y, pues cualquiera se alegra cuando alcanza lo que ama, la vida contemplativa termina en el deleite, que está en el afecto: por lo cual la contemplación constituye a la vez amor».[90] «Es preciso que meditemos continuamente la Palabra de Dios que habita en nosotros, porque es necesario no sólo creerla sino meditarla; de otro modo no sería de provecho; esta meditación ayuda poderosamente en la lucha contra el pecado: *en mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti* (Ps 118, 11), y asimismo acerca del varón justo se dice: *día y noche meditará en su ley* (Ps 1, 2). Y de la Santísima Virgen está escrito que *guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón* (Lc 2, 19)».[91]

Por último se ha recogido la doctrina de S. Tomás en torno a la filiación divina reflejada en la consideración de las *peticiones de la oración dominical*, en la que Dios fomenta la certeza de la «disposición pronta de la voluntad divina para socorrernos cuando lo confesamos como Padre».[92] «Esta consideración dirige hacia las cosas celestiales nuestros deseos, que deben orientarse hacia donde se encuentra nuestro Padre»:[93] «esa misma consideración nos va configurando, de modo que nuestra vida sea celestial, y nosotros, semejantes a nuestro Padre del cielo: *Como el celeste, así los celestes* (1 Cor 15, 48)».[94]

---

[88] *Ibid.*, c. 4 [554].
[89] *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 3 [907].
[90] *S. Th.*, II-II, q. 180, a. 1.
[91] *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 2 [895].
[92] *Comp. theol.*, II, c. 6 [559].
[93] *In Orationem Dominicam Expositio*, [1043].
[94] *Ibid.*

Es *adoración y petición de gloria para Dios Padre*, al decir: *«santificado sea tu nombre»* Es de señalar la abundante doctrina del Aquinate sobre el Reino de Dios, al considerar la petición *«Venga a nosotros tu reino»*. La *obediencia filial* se considera al hacer referencia a la petición *«hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»*: «por eso, por este don pedimos a Dios que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo. En semejante petición se pone de manifiesto el don de ciencia. Decimos a Dios *Hágase tu voluntad* (...), esto es, que su voluntad se cumpla en nosotros».[95]

«Danos hoy nuestro pan de cada día» es la petición de hijo necesitado de su padre, y aparte de otras necesidades, «pedimos, pues, nuestro pan sacramental, el que a diario se confecciona en la Iglesia, para que así como lo recibimos sacramentalmente, nos sea de provecho para la salvación. *Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo* (Io 6, 51) (...). El otro pan es la palabra de Dios. *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4, 4). Pedimos, pues, que nos dé ese pan, esto es, su palabra. Con ello alcanza el hombre la bienaventuranza del hambre de justicia. En efecto, las cosas espirituales, precisamente cuando se poseen, es cuando con más fuerza se desean; de este deseo nace el hambre, y del hambre el poder saciarse».[96]

La misericordia divina está reflejada en la petición *«perdónanos nuestras deudas...»* «La categoría mayor para un hombre consiste en ser hijo de Dios, y el distintivo de ésta es amar a los enemigos: *amad a vuestros enemigos..., para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 44-45)».[97] «En el momento en que la pidas, podrás obtener misericordia, si la imploras con arrepentimiento. En una palabra, si de esta petición nace el temor, también la esperanza; porque todos los pecadores que se arrepienten y confiesan, consiguen misericordia».[98] «Se exige como requisito de parte nuestra que perdonemos al prójimo las ofensas recibidas de él. Por eso se dice: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*».[99]

«No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal»: pedimos la gracia para soportar las dificultades, «de esta manera alcanzamos la bienaventuranza de la paz, pues por medio de la paciencia logramos la paz tanto en las prosperidades como en las desgracias; y así, los pacíficos son llamados hijos de Dios por ser semejantes a Él, porque como a Dios nada puede perjudicarle, del mismo modo a ellos ni lo próspero ni lo adverso les causa daño: *Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios* (Mt 5, 9)».[100]

---

[95] *In Orationem Dominicam Expositio,* [1061].
[96] *In Orationem Dominicam Expositio,* [1079].
[97] *In duo præcepta caritatis* [1188].
[98] *In Orationem Dominicam Expositio* [1084].
[99] *Ibid.* [1088].
[100] *Ibid.* [1106].

* * *

Pienso que el capítulo 1 es bien conocido, y aquí está estructurado. El capítulo 2 apunta lo que llamamos docilidad por la que se deja vivir a Cristo; es quizá la parte central del presente trabajo, en un intento de que quedara bien trabado. El tercer capítulo, quizá es el que tiene menos esquema, en un intento de dar consistencia al despliegue de esta fuerza a través de las virtudes, dones y oración cristiana, muy unido a las otras dos partes, de donde toman su fuerza (Sacramentos, dejar hacer a Dios). No se ha planteado en el trabajo el tema de si la conciencia de la filiación divina está más o menos explícita en la teología de Santo Tomás, pues esto requiere un análisis de interpretación de sus comentarios bíblicos en relación con los demás teólogos del siglo XII y XIII, trabajo que -como apuntamos en la introducción- ha de ser completado. Así, podrían responderse preguntas como: ¿hasta qué punto, en la teología de S. Tomás, la filiación divina impregna todo el ser y el obrar, los afectos y los sentimientos, los ideales y las decisiones? Sin embargo, queda puesto en evidencia que el Aquinate recoge la tradición de la Iglesia, y pensamos que se han formulado los elementos necesarios para poder hablar de la gran importancia de la filiación divina en el obrar moral, según la doctrina del Aquinate. Esto, sin duda alguna, es algo bien explícito en las citas recogidas en el presente trabajo. También podría afirmarse sin miedo a una interpretación exagerada que la consideración de la filiación divina (que desde las primeras catequesis cristianas ha sido llevada a cabo en el rezo y explicación de la oración del Padrenuestro), es vista por el Aquinate como algo de gran ayuda en la vida de los hijos de Dios. ¿Está explícita esta doctrina, o bien es algo implícito? ¿Cómo señala el Aquinate esta virtualidad de la filiación divina, que empuja a la obediencia filial, a dirigir todos los actos por esta intencionalidad hacia una respuesta de amor, que aumenta en la búsqueda del fin, la gloria del Padre? Se requeriría una labor comparativa y de análisis, entre los textos señalados en el trabajo, para vislumbrar en qué medida la teología implícita ahí contenida es también explicitada, y poniendo en relación esta doctrina tanto con la de sus contemporáneos como con los sentidos que se darían en el futuro a la doctrina de la filiación divina. En este sentido, podemos decir que este trabajo no ha abordado las diversas interpretaciones y estudios que pueden hacerse a los textos del Aquinate, sino que ha puesto de relieve la riqueza de los textos al presentarlos de modo ordenado. Baste señalar la problemática que puede suscitar la frase citada «Filius Dei incarnatus est, ut per ipsum adoptionem filiorum Dei reciperemus»,[101] que si bien explicita la enseñanza del Nuevo Testamento, rompe algunos moldes sobre el motivo de la Encarnación, en los que se quiere encuadrar a Santo Tomás. Otro ejemplo: «Spiritus enim Sanctus in se semper vivit, sed in nobis vivit quando facit nos in se vivere» (*In I ad Thes.*, c. 5, lec. 1 [133]), de una riqueza extraordinaria. O bien los textos en los que S. Tomás analiza la profundidad del obrar cristiano, a partir de la revelación de Cristo del misterio del Padre y de su amor.

---

[101] *In III Sent.*, d. 1, q. 2, a. 2 sc.

Si hubiera que privilegiar algunos aspectos, sobre el tema en Santo Tomás, sin duda nos encontramos con dos puntos claves, o bien un punto, con dos características. La primera es que la filiación divina se actualiza con el dejarse llevar por el Espíritu Santo. Podemos añadir que esto corresponde a un cierto instinto divino, amoroso, que es un conocimiento de la verdad que va más por la simple intuición y no por los razonamientos, a imagen de la ciencia divina de la que participa. Este conocimiento espiritual, que nace de un deseo, hace que ese deseo sea cada vez mayor, y en este sentido señala que del deseo nace el hambre, y del hambre poder saciarse (*In orationem dominicam Expositio* [1079]). La perspectiva de este dinamismo nuevo, en la práctica de las virtudes, es de gran riqueza. La segunda característica apuntada es al centralidad del temor filial en el obrar del hijo de Dios. Este temor filial o casto, tan relacionado con la libertad en la teología del Aquinate, ofrece grandes perspectivas de estudio en la relación entre la filiación divina y el amor esponsal con Dios. Pero dejemos aquí este elenco de perspectivas de estudio, para terminar con una consideración general, al margen de estas reflexiones sobre S. Tomás.

Dios trata como hijos a aquellos que le pertenecen por la gracia (cfr. Hebr 12, 7) y a quienes conduce con su Espíritu (cfr. Rom 8, 14-15). En esta incorporación a Cristo (cfr. Gal 3, 26), los cristianos «reciben el Espíritu de Jesús, el Hijo por naturaleza, que les comunica una *mentalidad filial y la posibilidad de vivir conforme al nuevo ser que han adquirido en el Bautismo*. Así, la nueva Alianza se caracteriza como el régimen del Bautismo, que anima a todos los adoptados y es -más que el signo- el testimonio indudable de la realidad de su adopción».[102]

El cristiano «se esfuerza por cumplir la voluntad divina con una "religión" o piedad filial (*eulábeia*) análoga a la que Jesús manifestó hacia su Padre (Hebr 5, 7; cf. 1 Tim 3, 16). Nada, en efecto, es tan eficaz como este sentimiento de reverencia y de sujeción para conseguir suscitar la devoción e impulsar toda la conducta moral».[103]

La relación del hijo de Dios con su Padre implica una actitud dinámica, un comportamiento determinado: al ser Dios quien toma la iniciativa, la persona humana se siente llamada a aceptar la invitación divina y demostrarlo actuando como hija de Dios. Así esta aceptación es un elemento necesario para que se establezca la relación filial por el Espíritu Santo, que guía a la persona, sin pasar por encima de su modo racional de pensar y vivir, sino que hace que el hombre

---

[102] C. SPICQ, *o. c.*, p. 77 (el cursivo es nuestro). «No podemos ser hijos de Dios sólo a ratos», sino que estamos llamados constantemente a «considerarlo, a penetrarnos de ese sentido de nuestra filiación divina que es la médula de la piedad»: BEATO J. ESCRIVA, *Conversaciones*, cit., n. 102.

[103] C. SPICQ, *o. c.*, p. 95, con nota 96 comentando 1 Tim 4, 7: la piedad tienen una energía (*dynamis*) apta para determinar la conducta práctica (cf. 2 Tim 3, 5).

piense y viva cada vez más según un modo divino. Entonces el hijo actúa para agradar a su Padre, con la alegría de saberse en todo -y en la cruz especialmente- hijo de Dios. "Si se medita y se vive adecuadamente, la filiación divina constituye como el eje y fundamento de la existencia cristiana. Su proclamación ante los hombres, como parte del mensaje del Evangelio -viejo y nuevo al mismo tiempo, sencillo y rebosante de plenitud-, puede y debe desempenar siempre una renovada acción transformadora".[104] San Pablo presenta la gracia como nueva creación, San Pedro la describe como participacion de la naturaleza divina, y S. Juan se sirve de otra expresión muy feliz, que es una generación a partir de Dios (1 Jn 3, 1) por lo que el hombre es hecho partícipe de la filiación divina que es propia de Cristo, viene misteriosamente divinizado, pero es criatura, distinto de Dios. Se trata de una divinización en cierto modo, una perfección a la que la sustancia del hombre y la potencia es tal que supera cuanto de esencial y sustancial está en nostoros. Por esto es llamado Jesús primogénito entre mchos hermanos, y el hombre consigue el derecho a su herencia, pues Dios cuyo nombre es amor, se ha manifestado en un amor tan grande por el que nos da todos los bienes.

Es una respuesta de amor llena de agradecimiento -porque Dios es Padre y es bueno- en el camino hacia la casa del Padre que es la herencia de los hijos de Dios: *al sediento le daré de beber gratis de la fuente de agua viva. El que venza heredará estas cosas, y yo seré para él Dios, y él será para mi hijo* (Apoc, 21, 6-8). Es el espíritu que la Iglesia pide en la liturgia: *Dios todopoderoso y eterno, a quien podemos llamar Padre, concédenos crecer en el espíritu de hijos adoptivos; para que merezcamos alcanzar la herencia prometida (Colecta*, lunes 2ª sem. Pascua).

---

[104] J. STÖHR, *La vida del cristiano según el espíritu de filiación divina*, *cit.*, p. 879.